

ELÍAS TRABULSE: DEFENSOR DEL PATRIMONIO BIBLIOGRÁFICO MEXICANO

FRANCISCO VIDARGAS
Dirección de Patrimonio Mundial INAH

En México la bibliofilia no ha significado —por fortuna— únicamente el coleccionismo para la creación de “cámaras de maravillas”; por el contrario ha significado y es a través de personajes como el doctor Elías Trabulse, tanto el rescate de la memoria histórica, como la salvaguardia de documentos que constituyen el pasado de la cultura universal.

Herederos de la tradición bibliográfica cultivada en nuestro país por eruditos como Adrián de Boot, Henrico Martínez, Melchor Pérez de Soto, Juan Sánchez Baquero y Francisco Xavier de Gamboa, los estudios emprendidos por Trabulse han revalorado los aportes de las mujeres y los hombres de letras y de ciencia, desde el calendario mesoamericano y la astronomía maya hasta el *Códice de la Cruz-Badiano* de Martín de la Cruz; de la modernidad ilustrada de jesuitas como Miguel del Barco, Juan Jacobo Baegert, Andrés de Guevara y Alejo de Orrio, al materialismo científico de Juan Antonio de Olavarrieta; y de las reflexiones sobre la historia de la ciencia de Alfonso Reyes, al placer de Juan Rulfo por los primeros cronistas de Indias.

La obra de Elías Trabulse es también la trayectoria de una disidencia: la del tránsito gradual de una concepción de la historia de la ciencia y la literatura novohispana, al despertar de otra que ha trastocado los esquemas mentales de las academias mexicanas del siglo XX y que en nuestros días lo sigue haciendo. A través de sus investigaciones, nos ha permitido comprender cual ha sido la génesis de la ciencia mexicana, sus indisolubles vínculos con las humanidades y su lugar dentro de la historia general de México. Y en un permanente juego de “ecos y reflejos”, nos ha permitido comprender su alcance e importancia en el desarrollo científico e histórico mundial.

En el ámbito académico, el trabajo siempre erudito de Trabulse ha sido y seguirá siendo una eclosión indispensable del pen-

samiento y la imaginación, para mejor percibir la naturaleza del universo sideral y nuestro universo terrenal. Por medio de su quehacer histórico nos ha revelado, a través de una empresa tan ardua como seductora y sugerente, textos científicos —impresos o manuscritos— que proponen siempre nuevas teorías explicativas. Y esto en México como en el resto del mundo, significa también la historia de una lucha permanente y tenaz entre la preservación de todos esos testimonios y su siempre pretendida e injustificada destrucción.

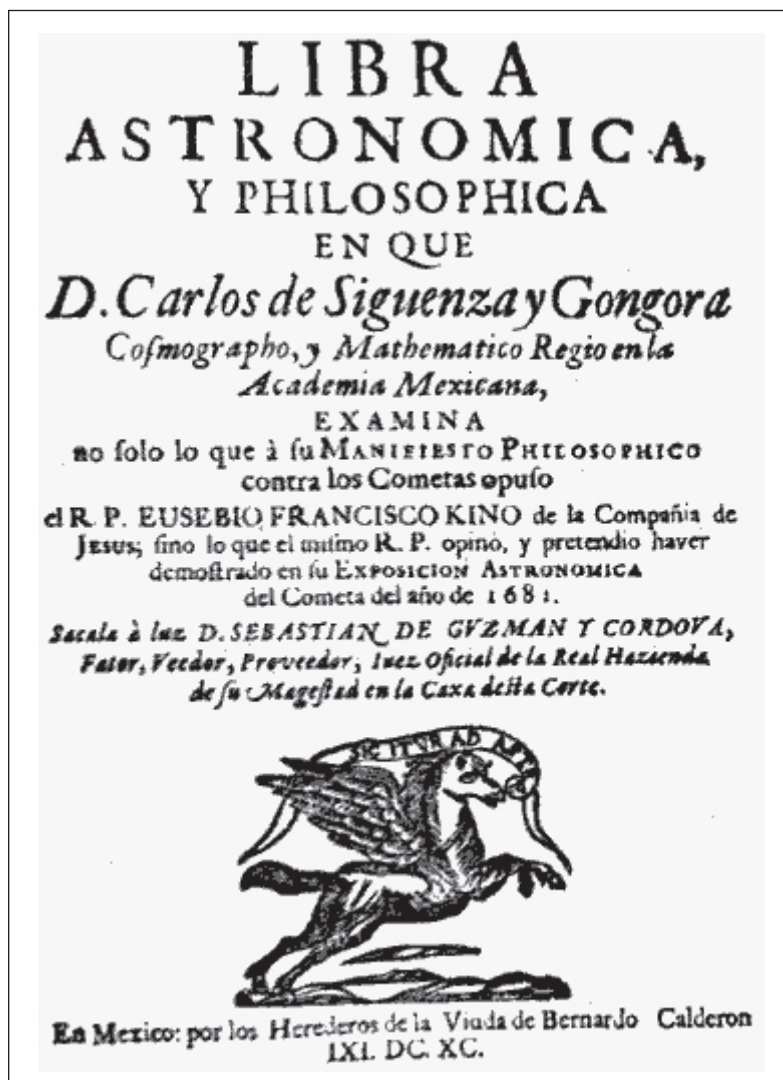
Lo que él hace, como buen heredero de esa larga tradición de hombres y mujeres preocupados por recabar puntualmente lo acontecido y dar testimonio de ello para no olvidarlo, es “una historia viva” escrita con una prosa sensible y siempre cálida, como buen promotor y defensor que es también, de “nuestras particularidades”.

Tanto en El Colegio de México y las universidades Nacional Autónoma de México e Iberoamericana, además del Instituto Tecnológico Autónomo de México y la Universidad de California, ha formado generaciones de investigadores que hoy, por caminos diversos prosiguen y extienden su ejemplo: oponerse a la inmovilidad y buscar siempre nuevas formas de historiar y de trabajar por nuestro legado cultural. Intensa labor académica y de investigación que lo llevó también a colaborar con la UNESCO como codirector y asesor de la Comisión Internacional para la redacción de la *Historia del desarrollo cultural y científico de la humanidad*.

Al igual que don Carlos de Sigüenza y Góngora, Elías Trabulse es un “curioso tesoro de los más exquisitos originales de América”. Y a semejanza de su colega fray Diego Rodríguez, la vasta y docta biblioteca de este hombre de ciencia es, sin duda alguna, “la historia de su obra”. Resulta inevitable la pasión que los manuscritos y libros antiguos ejercen sobre él. Explorador curioso y ávido de “papeles viejos”, gracias a ellos

Y en un permanente juego de “ecos y reflejos”, nos ha permitido comprender su alcance e importancia en el desarrollo científico e histórico mundial

Hesiquio Iriarte, *Vista general de las pirámides de San Juan Teotihuacan* (J. M. Andrade y F. Escalante, *Memoria de la Comisión Científica de Pachuca*, 1865).



Carlos de Sigüenza y Góngora (1681). *Libra Astronómica, y Philosophica*. México: Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón.

continúa aprendiendo, investigando y experimentando.

Asimismo, leyendo sus trabajos podemos conocer, entre líneas, el dilatado y en ocasiones tormentoso camino que lo ha llevado, por fortuna, al rescate y conservación de una considerable parte del acervo bibliográfico de nuestro pasado.

Y sus ensayos dedicados al arte y la ciencia resultan también estimulantes. En magistrales estudios, desde *Cartografía mexicana* (1993) hasta *Arte y Ciencia en la Historia de México* (1995), pasando por *Archipiélagos Siderales. Eclipses y astronomía en la historia de México* (1991), *José María Velasco y la Flora del Valle de México* (1991) y *José María Ve-*

lasco. Un paisaje de la ciencia en México (1992), nos ha mostrado cómo en muchas ocasiones, es a través del arte que la ciencia ha configurado su propia historia.

Hasta ahora —señala— ninguna doctrina científica moderna ha prescindido de la iconografía, en virtud de que no ha sido considerada como mera ilustración didáctica o pedagógica, sino como una “verdadera neoescritura, capaz de inventar por sí misma un universo.” Y concluye señalando que todos los tipos de mentalidad científica prevalecientes en el desenvolvimiento de la ciencia mexicana, se han caracterizado por su lenguaje, su escritura y por la iconografía que emplearon.

Invaluable patrimonio cultural, tanto la cartografía como la iconografía científicas han “sobrevivido” en nuestro país desde las épocas precolombina y novohispana, hasta nuestros días. La lista es larga y prominente en cuanto a autores, títulos y obras artísticas y científicas, varias de ellas —por fortuna— resguardadas en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia del INAH: el *Códice Florentino* de fray Bernardino de Sahagún; la *Geometría práctica* de Joseph Sáenz de Escobar; *Los cuatro elementos: la tierra y el aire* del incompleto biombo que se conserva de Juan Correa; el “máximo poema filosófico de la literatura castellana”, *Primer sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz, que emplea imágenes herméticas tomadas de la *Masurgia Universalis* y del *Itinerarium Extaticum* de Athanasius Kircher; la *Apología de las Ciencias y las Artes* que Miguel Gerónimo Zendejas pintó como exaltación de la ciencia ilustrada; las revolucionarias ilustraciones botánicas de Atanasio Echeverría; las litografías de *El Museo Mexicano* de Manuel Payno y Guillermo Prieto, editadas por Ignacio Cumplido; y finalmente las acuarelas de Alfredo Dugès, así como las de Velasco y Rafael Montes de Oca, autores de uno de los “legados artísticos más notables”, la *Iconografía Botánica Mexicana*.

Como dijera don Luis González sobre nuestro bibliófilo cuando presentó en 1992 su *Descripción geográfica de América* (1628), Elías Trabulse “es un experto en dar mucho” a través de sus estudios. Y al contrario de quienes tienen miedo de ser criticados y por ello no dicen nada, así como de los que “por temor no puede imaginar y revivir los hechos, [sino] tan sólo los enumeran”, Trabulse mediante sus trabajos sobre la enigmática sor Serafina de Cristo “ha quebrado —diría Franz Kafka— la mar helada” de varios de los “doctos” académicos que en estos tiempos se precian de serlo.

Mientras otros están más preocupados por la efímera fama, a través de la utópica “demolición intelectual” de quienes realmente están dedicados a dar una nueva luz sobre la cultura mexicana, nuestro homenajeado ha hecho de su quehacer científico, histórico y de bibliófilo, una forma de contemplación, un “acto íntimo, espiritual”, profundamente personal, pero que sin titubeos nos comparte. Y en esto también debemos recordar a Borges, quien nos dice que los libros “viejos” no son sólo una extensión de la memoria y de la imaginación, sino también una de las mejores “posibilidades que tenemos los hombres de encontrar felicidad y sabiduría”.

En una reposada charla de 1988 en El Colegio de México, habló de libros “a los que uno siempre regresa” y de escritores que una vez conocidos, “se quedan con uno para siempre”. Y recordó con satisfacción de buen lector, a autores como Gibbon, Ranke, Renán, Burckhardt, Clavijero, Voltaire, Tucídides, Alamán y Polibio, además de los cronistas coloniales. Fruto de ese permanente y entrañable diálogo con autores, manuscritos y antiguos libros, son sus estudios y ediciones anotadas sobre la obra de los jesuitas Félix de Sebastián y Francisco Xavier Clavijero; del arzobispo de Charcas don Benito María de Moxó y Francolí; del dominico Juan Caballero; el teólogo Josef Igna-

cio Heredia y Sarmiento; y desde luego en primer lugar, de Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza y Góngora.

El doctor Trabulse es ante todo un trabajador de, por y para la cultura de nuestro país. Sin él no se podrían haber recuperado valiosos momentos de la historia de la ciencia y las letras novohispanas y del siglo XIX, ni tampoco se habrían salvaguardado innumerables tesoros bibliográficos.

Por todo lo anterior es que en 2010 la Feria Internacional del Libro de Guadalajara —a sugerencia previa de Carlos Monsiváis y el entusiasmo de Nubia Macías— llevó a cabo un acto de justicia para uno de los más destacados historiadores, reconociendo su labor como bibliófilo y defensor del patrimonio documental mexicano, memoria del mundo.

Sor Juana Inés de la Cruz (1700). *Fama y Obras Posthumas*.

Madrid: Imprenta de Manuel Ruiz de Murga.

